

MARK LAWRENCE

Príncipe del Mal

minotauro

*Agradezco a Helen Mazarakis y Sharon Mack
toda la ayuda y apoyo que me han prestado.*

A Celyn, las mejores partes nunca cedieron



Cuervos, cuervos por todas partes! Se posaron en las tejas de la iglesia incluso antes de que los heridos se convirtieran en muertos. Antes incluso de que Rike terminase de arrancar los dedos de las manos y los anillos de los dedos. Me recosté en el poste de la horca y señalé con un gesto a los pájaros, una hilera compuesta por una negra docena de ellos, atenta la mirada, observando.

Una alfombra roja cubría la plaza del pueblo. Había sangre en los caños, sangre en el empedrado, sangre en la fuente. Los cadáveres yacían como yacen los cadáveres. Algunos adoptaban posturas cómicas, con la mano sin dedos tendida al cielo; otros en paz, encogidos sobre las heridas sufridas. Las moscas formaban nubes sobre los heridos. Los había por doquier, cegados algunos, moribundos otros, todos ellos delatados por aquel séquito zumbón.

—¡Agua! ¡Agua! —Los moribundos siempre andan pidiendo agua. Qué raro, a mí lo que me da sed es matar.

Y eso fue en Mabberton. Doscientos granjeros muertos, tendidos junto a las hoces y las hachas. Les advertí que hacíamos cosas así para ganarnos la vida. Se lo dije a su cabecilla, Bovid Tor. Les di esa oportunidad porque siempre lo hago. Pero no. Querían sangre y vísceras. Una carnicería. Y eso fue lo que tuvieron.

La guerra, amigo mío, es digna de ser admirada como una obra de arte. Quienes dicen lo contrario es que la están perdiendo. Si me hubiera molestado en sacarle las tripas al viejo Bovid y sentarlo en la fuente en mitad del pueblo, lo más probable es que hubiese tomado otra decisión. Mira dónde ha terminado por llevarme la contraria.

—Estos granjeros son más pobres que las ratas. —Rike arrojó un puñado de dedos al cuerpo destripado de Bovid. Se me acercó con su magro botín, como si fuera culpa mía—. ¡Mira! Un anillo de oro. ¡Uno! En todo el pueblo sólo había un condenado anillo de oro. Me gustaría ponerlos de pie para volverlos a abrir en canal. Estúpidos granjeros.

Y en eso no era el único. También él era un cabrón malvado y codicioso. Le sostuve la mirada.

—Tranquilízate, hermano Rike. Hay más cosas en Mabberton aparte del oro.

Compuse mi expresión de advertencia. El juramento que lancé acabó por quitarle todo el encanto al asunto; además, tenía que ponerme serio con él. Rike siempre se subía por las paredes después de una batalla. Quería más y más. Le dediqué esa expresión que viene a decir que yo tengo más. Más de lo que él podía manejar. Lanzó un gruñido, se guardó el anillo ensangrentado y hundió el cuchillo en el cinto.

Entonces se acercó Makin, que nos pasó el brazo a ambos por el hombro, dándonos palmadas con el guantelete en las placas que nos protegen esa parte del cuerpo. Si a Makin se le daba bien algo, era apaciguar los ánimos.

—El hermano Jorg tiene razón, *Pequeño Rikey*. Hay montones de tesoros que esperan ser encontrados. —Le gustaba llamarlo Pequeño Rikey porque a todos nos sacaba una cabeza y también era el doble de ancho. Makin siempre bromeaba. Contaba chistes a quienes estaba a punto de matar, siempre y cuando le dieran tiempo. Le encantaba verlos morir con una sonrisa en los labios.

—¿Qué tesoros? —quiso saber Rike, que seguía avinagrado.

—Cuando la emprendes con los granjeros, ¿qué otra cosa obtienes, Pequeño Rikey? —Makin enarcó ambas cejas y compuso una expresión sugerente.

Rike se quitó la visera, mirándonos con su fea cara. Bueno, más tosca que fea, en realidad. Creo que las cicatrices lo favorecían.

—¿Vacas?

Makin se mordió los labios. Nunca me gustaron sus labios, gruesos y carnosos, pero eso se lo disculpaba porque lo compensaba con creces con sus bromas y su profesionalidad a la hora de matar.

—Bueno, tú puedes quedarte con todas las vacas de por aquí,

Pequeño Rikey, que yo voy a buscarme a la hija de algún granjero, o a tres, antes de que los demás las den de sí.

Y entonces se alejaron. Rike con aquella risa tan suya, jo, jo, jo, como quien intenta expectorar una espina atravesada en la garganta.

Los estuve observando mientras forzaban la puerta de la casa de Bovid, situada frente a la iglesia, un edificio de buena planta y techos altos con tejas de madera y un modesto jardín cubierto de flores. Tampoco Bovid les quitó ojo, aunque no pudo volver la cabeza.

Miré a los cuervos, y luego reparé en Gemt y en el medio tonto de su hermano, Maical, ambos volcados en la labor de decapitar. Maical tiraba del carro y Gemt le daba al hacha. Un regalo para la vista, de verdad. Al menos era algo digno de verse. Estoy de acuerdo en que la guerra huele que apesta. Pero no tardaríamos en prenderle fuego al lugar, así que el hedor dominante sería el de la madera quemada. ¿Anillos de oro? Yo no pedía más a cambio.

–¡Muchacho! –voceó Bovid con voz ronca, débil.

Me acerqué al lugar donde se encontraba y me quedé ahí, apoyado en el puño de la espada. De pronto sentí que me pesaba el cansancio en brazos y piernas.

–Será mejor que digas rápidamente lo que tengas que decir, granjero. El hermano Gemt se acerca con el hacha. Vamos, rápido.

No me pareció muy preocupado. Cuesta poner nervioso a alguien que está tan cerca de convertirse en pasto de los gusanos. Sin embargo, me molestaba que me mirase con esa altivez y también que me hubiese llamado «muchacho».

–¿Tienes hijas, granjero? ¿Las tienes escondidas en el sótano? El viejo Rike olfateará su rastro, estén donde estén.

Bovid aguzó la vista al oír aquello. También me miró dolorido.

–¿Cuántos años tienes, muchacho?

A vueltas de nuevo con ese «muchacho».

–Soy lo bastante mayor para abrirte el cuello como si de una bolsa llena se tratara –respondí cada vez más airado. No me gusta enfadarme. Me pone malo. No creo que se diera cuenta. Pienso que ni siquiera era consciente de que había sido yo quien lo había herido no hacía ni media hora.

–Quince veranos, ni uno más. No puedes ser mayor... –pronunció las palabras lentamente, los labios azules en el rostro macilento.

Le habría dicho que había errado por dos años, pero ya no estaba para escuchar a nadie. El carro gimió a mi espalda, y Gemt se acercó con el hacha goteando sangre.

—Córtale la cabeza —le dije—. Y que los cuervos dispongan de su gorda panza.

¡Quince años! Si tuviera quince años no andaría por ahí asaltando pueblos.

Para cuando cumpla los quince... seré rey.



Los hay que nacen para caerte mal. El mundo nació para caer mal al hermano Gemt.



Mabberton ardió con ganas. Aquel verano ardieron así todos los pueblos. Makin dijo que era uno de esos veranos cabrones de mucho calor, tanto que no permitían ni un día de lluvia, y no se equivocaba. Al entrar a caballo levantábamos una nube de polvo a nuestro paso; al marcharnos, lo que dejábamos era una nube de humo.

—Quién fuera granjero. —A Makin le gustaba decir cosas así.

—Quién fuera la hija de un granjero. —Incliné la cabeza hacia Rike, que rebulló en la silla de montar, tan cansado que en cualquier momento iba a caerse. Tenía una sonrisa boba en la cara, y un retal de densa seda con hilo de oro entretejido le cubría la coraza. Nunca llegué a averiguar dónde encontró en Mabberton aquel retal.

—El hermano Rike gusta de placeres sencillos —dijo Makin.

Y así era. Pero gustar era quedarse corto. Más que gustarle los ansiaba como el fuego anhela devorarlo todo.

Tal como devoraron las llamas la población de Mabberton. Yo arrimé la antorcha a la taberna de tejado de adobe, y el fuego nos acompañó hasta la salida. Un día más del año que nuestro ruinoso imperio llevaba recorriendo el camino de la amargura que se había forjado.

Makin se secó el sudor de la frente y se embadurnó la piel con hollín. Tenía un talento especial para ensuciarse.

—Yo no he oído rechazar esos placeres sencillos, hermano Jorg.

Eso no podía discutírselo. «¿Cuántos años tienes?», había preguntado el orondo granjero. Lo bastante mayor para hacer una visita a tus hijas. La gorda era tan parlanchina como su pa-

dre. Gritó como una lechuza, tanto que acabaron doliéndome los oídos. Me lo pasé mejor con la mayor, que se estuvo callada. Tanto que de vez en cuando tuve que darle un pellizco para asegurarme de que no se hubiera muerto de miedo. Aunque imagino que muy calladas no estarían cuando el fuego las alcanzase...

Gemt me distrajo al acercarse a caballo, e hice a un lado esos pensamientos.

—Las gentes del barón divisarán el humo a quince kilómetros de distancia. No tendrías que haberlo quemado. —Negó con la cabeza en un gesto de desaprobación, y su estúpida melena de pelo color jengibre se movió al compás.

—No tendrías —repitió el idiota de su hermano, subido al viejo tordo. Dejamos que montara el viejo tordo que tiraba del carro. El caballo no abandonaba el camino porque era más listo que Maical.

Gemt te lo echaba todo en cara.

«No tendrías que haber arrojado los cadáveres al pozo, ahora nos moriremos de sed.» «No tendrías que haber matado al sacerdote, eso nos traerá mala suerte.» «Si la hubiésemos tratado mejor, ahora podríamos pedir un buen rescate al barón Kennick.» La verdad es que no veía el momento de clavarle el cuchillo en la garganta. Lo habría hecho sin mediar palabra. Me habría estirado y le habría atravesado el cuello. «¿Cómo? ¿Qué pretendes decirme, hermano Gemt? ¿Te refieres a que no tendría que haberte clavado el cuchillo en la abultada nuez?»

—¡Vaya! —exclamé, lo cual hizo que todos dieran un respingo—. Rápido, Pequeño Rikey, corre y echa una meada en Mabberton. A ver si apagas ese incendio.

—La gente del barón lo verá —insistió Gemt, tozudo, rubicundo. Si te metías con él se ponía rojo como una remolacha. Esa cara roja hacía que quisieras matarlo aún más. Pero no lo hice. Ser líder conlleva responsabilidades, entre otras la de no matar a tus hombres. De otro modo, ¿a quién ibas a liderar?

La columna se reunió a nuestro alrededor, tal como solía hacer cuando pasaba algo. Tiré de las riendas de *Gerrod* y el caballo se detuvo clavando con fuerza los cascos en el suelo. Observé a Gemt y aguardé. Esperé hasta que mis treinta y ocho hermanos se congregaron alrededor, y Gemt se puso tan rojo que daba la impresión de que iban a sangrarle las orejas.

—¿Adónde vamos, hermanos míos? —pregunté al tiempo que me incorporaba sobre los estribos, de tal forma que pudiese ver

sus feos rostros. Pronuncié aquellas palabras en un tono de voz bajo, de modo que todos tuviesen que aguzar el oído para no perderselas.

—¿Adónde? —insistí—. ¿No seré yo el único que lo sabe? ¿Acaso os guardo secretos, hermanos?

Rike se mostró algo confundido al oírme, y arrugó el entrecejo. El gordo Burlow se me acercó por la derecha, y a mi izquierda estaba el nubano, cuyos dientes, si cabe, resaltaban más blancos enmarcados en el rostro negro de hollín. Silencio.

—El hermano Gemt podrá decírnoslo. Sabe lo que es, y también lo que debería ser. —Sonreí, a pesar de que aún quería hundirle el cuchillo en la garganta—. ¿Adónde nos dirigimos, hermano Gemt?

—A Wennith, en la Costa de los Caballos —respondió a regañadientes, pues no quería mostrarse de acuerdo con nada.

—Muy bien. ¿Y cómo vamos a llegar allí? ¿Los cuarenta que somos cabalgaremos a lomos de nuestros estupendos caballos robados?

Gemt apretó con fuerza la mandíbula. Por fin entendió qué me había propuesto.

—¿Cómo vamos a llegar a ese lugar, si pretendemos tomar una porción del pastel recién sacado del horno, ardiente como un hierro al rojo? —pregunté.

—¡Por el Camino del Liche! —exclamó Rike, feliz de haber dado con la respuesta.

—Por el Camino del Liche —repetí en voz baja, sonriente—. ¿Qué otro camino íbamos a tomar? —Miré al nubano, sosteniéndole la oscura mirada. Era incapaz de leer la expresión que había en sus ojos, pero dejé que él interpretase mi mirada.

—No hay otro camino.

Pensé que Rike estaba inspirado. «No sabe a qué juego estamos jugando, pero está claro que disfruta del papel que representa en él.»

—¿Saben los hombres del barón adónde nos dirigimos? —pregunté a Gordo Burlow.

—Los perros de la guerra siguen la línea del frente —respondió. Gordo Burlow no tiene un pelo de tonto. Le tiembla la papada cuando habla, pero no le faltan luces.

—Por tanto... —Miré alrededor, a todos ellos, y lo hice muy lentamente—. Por tanto, el barón sabe adónde se dirigirá una pan-

da de bandidos como la nuestra, y conoce el camino que tenemos que tomar. –Dejé que meditaran lo que acababa de decir-. Y yo acabo de prender una hoguera que le dará a entender que no es buena idea seguirnos.

Entonces hundí el cuchillo en la garganta de Gemt. No tenía que hacerlo, pero quería hacerlo. Le dio por bailar bastante, la sangre borbotando y borbotando hasta que cayó del caballo. Enseguida se quedó pálido.

–Maical –dije-. Ve tú delante.

Y me obedeció.

Gemt había escogido un mal momento para cruzarse conmigo.